

Discurso que, acerca del
"Perfil del profesor de la Universidad del Pacífico",
fue pronunciado por el Prof. Enrique López Dóriga S.J.
en el acto inaugural del año académico 1986

Discurso pronunciado por el
Prof. Adolfo Franco S.J. en el almuerzo
ofrecido por la Universidad del Pacífico
con motivo de su designación como
Provincial de la Compañía de Jesús

58

UNIVERSIDAD DEL PACIFICO



cy
378
(042)
L8

UNIVERSIDAD DEL PACIFICO
BUP - CENDI

57888

**FONDO BIBLIOGRAFICO
PERCY CAYO CORDOVA
DONACION**

**DISCURSO QUE, ACERCA DEL
"PERFIL DEL PROFESOR
DE LA UNIVERSIDAD DEL PACIFICO",
FUE PRONUNCIADO POR EL
PROF. ENRIQUE LOPEZ DORIGA S.J.
EN EL ACTO INAUGURAL DEL AÑO ACADEMICO 1986**

La cultura es un bien social. Esta sola afirmación puede y aun debe orientar la educación del individuo y la política educacional del país. Y, naturalmente, la de las universidades. La universidad no debe ser una isla de erudición, que, a semejanza de las islas paradisíacas del trópico promocionadas por las agencias de turismo, encuentra su goce y su belleza en la segregación y el aislamiento. Ni puede ser una tal isla, pues su misma existencia depende del entorno nacional, como las islas del ejemplo dependen de la corriente turística engendrada fuera de ellas. Las riquezas intelectuales acumuladas y concentradas en ella deben rebasar los límites de la institución para fertilizar toda la sociedad, de la que al fin y al cabo recibe su existencia. Una universidad sin proyección social puede ser un centro de erudición, pero no será un manantial de sabiduría. Esta reflexión inicial tiene que estar presente cuando se trata de trazar el perfil del profesor de cualquier universidad. Y de un modo especial al intentar bosquejar el perfil del profesor de la Universidad del Pacífico, entre cuyos fines institucionales está el proporcionar "una formación humana de la juventud, profundamente enraizada en la realidad del país y en la vida de la Iglesia".

Pero el aspecto social de la cultura presenta otra faceta, que también ha de iluminar el perfil del profesor. Sin entrar a discu-

tir la posibilidad de un sabio en una sociedad de insipientes, de un erudito en un mundo de ignorantes, sí podemos afirmar que no por casualidad los músicos surgen en Austria y Alemania, los artistas en Italia y los técnicos en los Estados Unidos. Los árboles no crecen en el desierto; crecen en el bosque. Dicho sin imágenes: los profesores de la universidad se fecundan mutuamente en su trabajo intelectual. Y no sólo los profesores. También se benefician con el trato mutuo estudiantes y profesores. No puede, pues, extrañarnos el que el calificativo de autodidacta suele encerrar un matiz peyorativo. Ya Platón notó la ventaja de la enseñanza viva, magistral, sobre la escrita. Oigamos sus palabras:

“Lo terrible, Fedro, en cierto modo de la escritura es el verdadero parecido que tiene con la pintura: en efecto, las producciones de ésta se presentan como seres vivos, pero, si les preguntas algo, mantienen el más solemne silencio. Y lo mismo ocurre con los escritos: podrías pensar que hablan como si pensarán; pero si los interrogas sobre algo de lo que dicen con la intención de aprender, dan a entender una sola cosa y siempre la misma. Por otra parte, una vez que han sido escritos, los discursos circulan todos por todas partes, e igualmente entre los entendidos que entre aquellos a quienes nada interesan, y no saben a quiénes deben dirigirse y a quiénes no. . . Creo que es mucho más hermoso. . . tomar un alma apropiada y plantar y sembrar en ella discursos acompañados de ciencia, que sean capaces de ayudarse a sí mismos y al que los plantó, y que no sean estériles, sino que lleven simiente de la cual se produzcan, en otros caracteres, otros discursos, capaces siempre de producir ese fruto inmortal, haciendo la felicidad del que los posee en el más alto grado posible para el hombre”.

Establecido el marco teórico, podemos ya comenzar a delinear el perfil del profesor de la Universidad del Pacífico. Y procuraré hacerlo en forma práctica, de tal modo que sea de utilidad tanto al profesor como al estudiante.

Ante todo el profesor debe poseer ciencia y cultura. Ciencia, que lo capacite para transmitir los últimos avances técnicos

en su especialidad. En nuestro caso, el profesor de las materias centrales de nuestras tres carreras ha de dominar las ciencias administrativas, contables y económicas, que constituyen la especialidad de esta universidad. Pero no puede ser únicamente un especialista, esto es, un hombre que sabe más y más de menos y menos, sino que además ha de poseer una cultura amplia, que le permita enmarcar su enseñanza en las coordenadas espacio-temporales del Perú y del mundo de hoy. Sólo así transmitirá una enseñanza viva y vivificante, que responda en forma complejiva a la problemática del momento. El profesor universitario no puede limitarse a la disección de un cadáver; y sólo llegará a sus oyentes si viste su enseñanza, no con toga o con jubón y gorguera, sino con terno o, quizás sea más apropiado decir, con unos pantalones vaqueros.

Esta vivencia del mundo contemporáneo será imposible si el profesor es dogmatista, porque entonces vivirá anclado fuera del tiempo. Ha de ser hombre de principios, ciertamente, pero ha de saber conjugar la solidez de esos principios con la imperfección de nuestro conocimiento y con la relatividad de su formulación. Las filosofías griega y medieval tenían una visión estática del mundo; pero después de Copérnico y de Darwin hemos descubierto la verdad del famoso *παντα ῥει* (todo fluye) de Heráclito, pues el mundo está en una evolución continua: las especies animales proceden unas de otras; las estrellas nacen como consecuencia de la gran explosión en el comienzo del universo y después de una "vida" de miles de millones de años mueren en forma de novas y supernovas o degeneran en agujeros negros; las civilizaciones y sus mundos de valores se suceden ininterrumpidamente, constituyendo así la trama de la historia de la humanidad. Incluso en lo que parece más inmutable, los dogmas de la fe católica, se da una evolución y un cierto relativismo, como atinadamente observó Juan XXIII en su discurso inaugural del Concilio Vaticano II:

"Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa".

Esta sana relativización de nuestros conocimientos (relativización que, para ser consecuente, debo aplicar a lo mismo que estoy afirmando) evitará que el profesor caiga en el imperialismo de las ciencias.

“Las ciencias — escribe José Gaos — tienen una especie de tendencia imperialista: a extenderse de sus dominios propios a los demás del saber y el ser, y no sólo metodológicamente, sino también ontológicamente: porque el éxito de un método en el dominio de sus objetos propios, tienta a aplicarlo en los dominios más alejados de los propios”.

El profesor, consciente de esta deficiencia (en el sentido etimológico) de sus conocimientos, estará abierto a las preguntas que sus alumnos le formulen. En una clase no magistral sino participada, donde no hay sólo oyentes, el profesor enriquece a los estudiantes y es a su vez enriquecido por ellos. Esta apertura, fruto de la mucha ciencia, permite al profesor captar las inquietudes de los estudiantes, y descubrir la problemática viva, no libresca, del momento; y le obliga no pocas veces a reformular sus afirmaciones y a alterar su programa.

Teilhard de Chardin es probablemente el ejemplo más acabado de todo lo dicho hasta este momento. Especializado en paleoantropología, pero con un gran bagaje humanístico, filosófico y teológico, propio de su formación sacerdotal en la Compañía de Jesús, Teilhard de Chardin estuvo abierto a los interrogantes que la ciencia moderna plantea sobre un mundo en evolución, y supo encontrar el hilo conductor, que desde la ontogénesis, a través de la biogénesis y la noogénesis, ha llevado al mundo hasta la hominización y lo impulsa actualmente hacia la socialización, gracias en especial al avance inimaginable de las telecomunicaciones; de forma que empieza a sentirse el acierto profético de Francisco de Vitoria cuando en época tan temprana como el siglo XVI y con ocasión precisamente del descubrimiento de nuestra América escribió que *“todo el orbe constituye de algún modo una república”*.

Pero Teilhard de Chardin no se limitó a la explicación inmanente de la realidad sino que conjugó los datos de la ciencia con las afirmaciones de su fe cristiana, y columbró en el punto omega la cristificación de todo lo creado, en conformidad con la aseveración de San Pablo de que todo fue creado por Cristo y para Cristo y que "todo tiene en él su consistencia" (Col 1, 16s). Teilhard de Chardin se alinea así con Duns Escoto y con fray Luis de León, quienes ven en Cristo no sólo al Redentor, sino también y con anterioridad el coronamiento, querido por Dios desde toda la eternidad, del universo entero.

Nota propia del verdadero profesor será también buscar no su lucimiento sino el provecho de los estudiantes. No es verdadero profesor el que enfrascado en su tarea investigatoria considera una pérdida de tiempo las clases y el trato con los alumnos; ni el que aprovecha el curso para exponer largamente el tema que ocupa su atención en ese momento, con detrimento de otros puntos del programa, que son sólo tocados tangencialmente e incluso omitidos y dejados al trabajo privado de los estudiantes, que en contra del consejo de Platón deben contentarse con la enseñanza muerta de los libros. La claridad es otro requisito indispensable. ¿De qué sirve que el profesor sea un pozo de ciencia, si el alumno no sabe cómo extraerla de su fondo profundo y oscuro? En muchas ocasiones los temas por tratar son, ciertamente, complejos y difíciles y requieren en el estudiante una inteligencia despierta y una voluntad perseverante en el estudio. Pero en no pocas ocasiones la oscuridad de la exposición es reflejo de unas ideas no asimiladas perfectamente por el expositor, cuando no es un artificio más o menos consciente de crearse una aureola de profundidad y de superioridad sobre los oyentes. Para evitar esto el profesor ha de estar llano a repetir y repetir lo explicado cuantas veces haga falta. Por esto el profesor, si después de su explicación, ve alzadas la mitad de las manos porque los alumnos no han entendido, debe repetir la explicación. Si todavía quedan alzadas varias manos, deberá por tercera vez volver sobre lo mismo. Si queda una sola mano alzada podrá pensar, ya que no decir, "tonto tú". Pero si des-

pués de una segunda y aun tercera aclaración, una buena parte de los oyentes sigue con su mano alzada, deberá decirse para sí mismo "tonto yo". Y esto mismo debe pensarlo el profesor si en un examen una pregunta resulta insoluble para todos los examinados; o si de un grupo de medio centenar o más de matriculados en una asignatura, más de la mitad resultan desaprobados en el promedio final.

Estos aspectos de la relación profesor-alumno pueden resumirse en la idea de servicio. Quien, como la Universidad del Pacífico, "reconoce la trascendencia e importancia de los valores del Cristianismo" no debe olvidar que en el Nuevo Testamento la autoridad no es un bien a favor del que la detenta, sino una diaconía, un servicio que se presta a los demás (Lc 22,24-27). Y el profesor posee una autoridad académica, intelectual y científica frente al estudiante.

Este sentido de la autoridad implica que el profesor debe hacerse respetar, precisamente para que su docencia sea estimada, pero al mismo tiempo debe ser sociable e incluso amigable con los alumnos. Debe ser exigente, pues el desarrollo del país exige un nivel alto en las universidades, pero simultáneamente tiene también que ser comprensivo con las posibilidades y limitaciones de los estudiantes. Su asignatura no es la única y tiene en consecuencia que dosificar las lecturas y trabajos que encarga. Esta moderación en la estima de la importancia de la propia asignatura también está en consonancia con el relativismo, bien entendido, del que he hablado líneas atrás.

Llegamos con esto al grupo más importante de rasgos en la pintura del profesor ideal de la Universidad del Pacífico. La excelencia de la persona humana no estriba en lo que tiene ni siquiera en lo que sabe sino en lo que es; en otras palabras, en la escala de valores que posee y que orientan, rigen y animan su vida y su trabajo. Platón expresó esto otorgando la primacía a la idea del bien: "Los seres inteligentes reciben del bien su inteligibilidad y, además, su esencia y su existencia". Darwin, de quien podríamos pensar que con su teoría de la evolución de las especies borra los límites entre el hombre y los animales, escribe:

"Suscribo plenamente el juicio de aquellos escritores que sostienen que de todas las diferencias entre el hombre y los animales inferiores, el sentido moral o la conciencia moral es con mucho la más importante".

Pablo VI por su parte ha expresado esto en forma más completa, aunque concisa, en su magnífica encíclica *Populorum progressio* (el progreso de los pueblos). Vale la pena recordar sus palabras:

"El verdadero desarrollo . . . es el paso para todos y cada uno de unas condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas.

Menos humanas: la penuria material de quienes están privados de un mínimo vital, y la penuria moral de quienes por el egoísmo están mutilados. Menos humanas: las estructuras opresoras, ya provengan del abuso del tener, ya del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones.

Más humanas: lograr ascender de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las plagas sociales, la adquisición de la cultura. Más humanas todavía: el aumento en considerar la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación al bien común, la voluntad de la paz. Más humanas aún: el reconocimiento, por el hombre, de los valores supremos y de Dios, fuente y fin de todos ellos. Más humanas, finalmente, y, sobre todo, la fe, don de Dios, acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que a todos nos llama a participar, como hijos, en la vida del Dios viviente, Padre de todos los hombres".

Para llegar, o, por lo menos, para acercarse a este objetivo, la Universidad del Pacífico pide a todos sus profesores que, junto con las enseñanzas teóricas y técnicas, sepan inculcar e inculquen los valores, que constituyen su filosofía y que están recogidos en el artículo cuarto de su *Estatuto*, el cual es a su vez transcripción literal del *Estatuto Principal*, aprobado en octubre de 1969. Aunque conocido por todos los profesores y por la mayoría de los estudiantes ya antiguos, vale la pena leerlo

ahora para conocimiento de los recién ingresados y para recordación de todos nosotros:

"La Universidad reconoce la trascendencia e importancia de los valores del Cristianismo. Por ello, se regirá por los siguientes principios generales:

- a. la igualdad fundamental de todas las personas, sin distinción de sexo, raza, religión, ideología, condición social o económica;*
- b. la necesidad de formar profesionales y técnicos científicamente competentes con espíritu de justicia y promotores de un cambio social al servicio de las necesidades y el desarrollo de la comunidad peruana, preferentemente de sus sectores más deprimidos;*
- c. la importancia de fomentar la educación y la investigación dirigidas a contribuir efectivamente a la solución de los problemas y necesidades sociales;*
- d. la promoción del diálogo entre sus miembros y con las personas e instituciones de su entorno;*
- e. la necesidad de desarrollar en todos sus miembros los valores éticos y cívicos; en concreto, la responsabilidad y el cumplimiento en el trabajo; la solidaridad social, preferentemente con los más pobres; el conocimiento de la realidad nacional, y el fomento de los valores nacionales; el valor de la libertad, la tolerancia y el pluralismo ideológico; el rechazo de toda forma de violencia, discriminación y dependencia; la lealtad, y, específicamente, la lealtad para con la Universidad; y*
- f. la exigencia de que ninguna persona esté impedida de cursar estudios como alumno oficial en la Universidad por sus limitaciones económicas".*

La manera más eficaz de responder a esta expectativa de la Universidad del Pacífico no es transformar las clases en discursos parenéticos, sino tener siempre presente que más importante es la formación que la información; y la persona que el técnico.

Los griegos, a quienes, junto con la revelación judeocristiana, debemos lo más noble de nuestra civilización, descubrieron ya esta primicia de la persona. Jenofonte, al trazar la figura de Sócrates, escribe:

"Sócrates no discurría sino de asuntos humanos, estudiando qué es lo piadoso, qué lo sacrilego; qué es lo honesto, qué es lo vergonzoso; qué es lo justo, qué lo injusto; qué es sensatez, qué insensatez; qué la valentía, qué la cobardía, qué es el Estado, qué el gobernante; qué mandar y quién el que manda; y, en general, acerca de todo aquello, de cuyo conocimiento estaba convencido que hacía a los hombres perfectos, y cuya ignorancia en cambio los degrada con razón, haciéndolos esclavos".

Si el profesor tiene siempre ante los ojos este conjunto de valores, sabrá fomentar entre los estudiantes un sano inconformismo con el mundo en que vivimos, donde aparentemente triunfan los violentos, los astutos, los egoístas, los amorales. Sólo los inconformistas animados de un noble ideal, noble en su fin y en sus medios, serán capaces de contribuir a la transformación del Perú. Quien por el contrario se conforma con asegurar su posición social y su comodidad, quien no ve en los estudios realizados en la Universidad del Pacífico más que un trampolín para asegurarse un futuro económico desahogado, carecerá de la llamada por Nietzsche *voluntad de crear*:

"La fe en que el mundo que debía ser es, existe realmente, es una fe de los no productivos, que no quieren crear un mundo como debe ser".

Con esto llegamos al último rasgo del perfil del profesor de la Universidad del Pacífico. Su conducta ha de estar en consonancia con su enseñanza. De poco servirán sus palabras si sus obras, su conducta, muestran una escala de valores opuesta a la oficialmente declarada. *Verba movent, exempla trahunt* decían los antiguos: las palabras mueven, los ejemplos arrastran. Más aún, será difícil que el profesor pueda ni siquiera enseñar aquello que él no estima, pues de la abundancia del corazón habla la boca (Mt. 12,34).

Así veo yo el perfil ideal del profesor de la Universidad del Pacífico. Sé que no es fácil llegar a este ideal. Soy consciente

de que yo soy el primero que debo esforzarme todavía mucho para acercarme a él. Pero a eso aspiro. A que los estudiantes sean perfectos como profesionales y como personas, y a que yo haya contribuido a ello con lo que enseño y con lo que soy, pues en frase de Heráclito, *“la armonía oculta es mejor que la manifiesta”*

Lima, 31 de marzo de 1986

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
R.P. ADOLFO FRANCO, S.J. EN EL ALMUERZO
OFRECIDO POR LA UNIVERSIDAD DEL PACIFICO
CON MOTIVO DE SU DESIGNACION COMO
PROVINCIAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS**

Les agradezco esta invitación, especialmente porque me hace continuar vinculado con la Universidad del Pacífico y a todos Ustedes, y quiero aprovechar la oportunidad para manifestarles mi aprecio y mi deseo de permanecer en continuo contacto con esta institución, a pesar de mis limitaciones debidas al trabajo que ahora realizo.

Cuando me invitó tan amablemente el señor Rector me pidió que les dirigiese unas palabras que pudieran motivar algún intercambio de ideas, con respecto a lo que es y debe ser la Universidad del Pacífico.

Con gusto respondo a este deseo, con la simple intención de exponerles algunos puntos de vista personales y muy modestos.

Es evidente que el trabajar en la universidad, y en concreto en la Universidad del Pacífico es realizar una labor destacada, porque la universidad es un elemento importante y prioritario de la vida nacional. Contribuir desde esta área de trabajo al crecimiento de nuestro querido Perú es una tarea que debe llenarnos de orgullo y de responsabilidad. Un tipo de trabajo así tiene además que enaltecer a quien lo desarrolla, pues lo hace una persona que quiere dedicar su vida a una actividad que dé sentido a su existencia humana, y que no quiere reducirse a la

situación de un mero cazador que busca en la vida alimentos y comodidad.

Cuando se alcanza una posición de excelencia, como lo ha hecho la Universidad del Pacífico, se tienen también graves responsabilidades. La responsabilidad de evitar la mediocridad en todo su funcionamiento, para mantener la elevada cuota alcanzada dentro del sistema universitario. Y esto, no por el gusto vanidoso de ser un as, de batir un récord, sino por el hecho de querer y deber hacer bien esta importante tarea, y por sentido de honda dignidad.

Este liderazgo, esta excelencia, la ejercemos percibiendo con nitidez que la universidad no es una cápsula espacial donde se encierra el elixir exquisito del saber, sino un punto de irradiación que debe iluminar la realidad circundante, y por eso debe moverse, conocer y dirigirse a la realidad del mundo y del país. Esta reflexión sobre la realidad debe dirigirse al mundo en que vivimos, al país en que vivimos, al grupo de alumnos al que servimos, por citar sólo algunas de las dimensiones de esa realidad.

La realidad es un mundo en crisis. Debemos reflexionar e investigar sobre la crisis del mundo. No es sólo una crisis económica, sino que es mucho más extensa y más profunda, pues va a las raíces de la cultura y a sus valores. Quizá sea una crisis de crecimiento, porque está para nacer una nueva etapa de la cultura. Hay que reflexionar para darle sentido a la crisis, para intuir el futuro que se va acercando, ya que la universidad no puede quedar retrasada y con paso cansado ante esta nueva situación. Y aunque nuestra parcela especializada del conocimiento sea lo económico, debemos tener un campo visual más amplio para percibir la crisis; porque sin un contexto global incluso podríamos no entender en profundidad lo económico.

La realidad es un país en crisis, y no es necesario hacer excesivo análisis. En crisis porque somos una parte del mundo en crisis, y porque la sacudida sísmica de la crisis afecta más a los países que luchan por crecer. El caso es que los elementos de esta crisis están continuamente ante nuestros ojos. Y siendo una

institución importante en el país, la universidad, y en particular la del Pacífico, debe poner a disposición del país los instrumentos de que disponemos, como siempre lo ha hecho.

La realidad es un alumnado en situación de privilegio, por muchas razones, no sólo por el nivel económico, sino y principalmente por el nivel intelectual. Alumno que llega a la universidad quizá en algunos casos para mantener determinada situación cerrada de privilegios egoísta. Y tenemos obligación de formarles, buscando instrumentos de formación verdaderamente eficaces, para no quedar reducidos a ser una simple fábrica de burgueses, y finalmente cómplices de su egoísmo.

La realidad es el área en que nos desenvolvemos, un área del saber marcadamente técnico, con una tendencia a la eficacia y a la eficiencia, que podría llevar consigo una cierta dosis de deshumanización y materialismo.

Tenemos que iluminar esta realidad, tenemos que responder a esto con una creciente seriedad académica (que es el instrumento más característico de una entidad dedicada al saber). Pero siendo fundamental esta seriedad académica, pienso que no basta. Tenemos que sembrar valores en los alumnos, que en buena cuenta son la razón de ser de la universidad. Tener medios de verdadera influencia, con el respeto que se merece la persona humana, pero sin caer tampoco en una neutralidad que podría equivaler a cruzarse de brazos ante los problemas, y cometer el grave pecado de omisión.

Estos valores se transmiten fundamentalmente con la vida, con el ejemplo, con el compromiso. No podemos permitirnos a nosotros ninguna mediocridad, ni falta de valores. Puede haber alguna práctica, algún curso, alguna experiencia dedicada a sembrarles los valores, que por otra parte preconiza la Universidad en su ideario y en su estatuto, pero eso no basta. Es un espíritu que debe animar e iluminar todo el quehacer universitario y que se alimenta de la dignidad que emana de toda la dignidad universitaria, de sus profesores.

Y esto se logra principalmente cuando el profesor asume esos ideales en su propia vida, y los transmite con su conducta,

en su docencia, en toda oportunidad. ¡Qué estupenda responsabilidad para todos nosotros!

Les pido disculpas por haberles robado unos minutos de su precioso tiempo, y quizá por la inoportunidad de incitarles a una reflexión en esta ocasión, en que me han invitado a pasar un rato tan agradable con todos.

Muchas gracias.

18 de abril de 1986.